

Los mejores cuentos, de José Donoso, Zig-Zag, 1966.

Zig-Zag suele llamar obras completas a ediciones que de ningún modo lo son. Así, por lo menos, las de Manuel Rojas, Eduardo Barrios y Vicente Huidobro. Curiosamente, ahora pone un título de sentido antológico a una recopilación que incluye la totalidad de la producción cuentística del autor de *Coronación*.

Luis Domínguez, en las breves líneas que sirven de presentación, puntualiza lo que constituye hasta la fecha la obra de Donoso (dejando aparte los fragmentos de su novela en preparación, *El obsceno pájaro de la noche*, que adelantara el semanario montevideoano *Marcha* en agosto de 1964):

“No llama entonces la atención el que toda su obra literaria esté hoy compuesta por una novela, catorce cuentos y un puñado de crónicas” (pág. 7).

Buena idea esta de incluir, como parte integrante de su creación literaria, las páginas que José Donoso escribiera para la revista *Ercilla*. En efecto, la mayoría de las personas que él entrevistó o que fueron el tema de sus crónicas guarda visible homogeneidad con las figuras preferidas de su invención: millonarias excéntricas, hermanas reales de la nonagenaria de *Coronación*; ancianas aristocráticas retiradas a sus cuarteles de invierno, lejos del mundo en que brillaron durante su juventud; artistas de vida desventajada... Verdaderos embriones para un ulterior desarrollo novelesco, servirán más tarde para averiguar el trabajo del escritor en el taller de su imaginación. En cuanto a sus artículos de crítica literaria, habría que ponderar también sus aciertos y sus extravíos de enjuiciamiento. Pese a la manga ancha que no dejó de practicar, llevó a cabo una labor de discernimiento y de fijación de nuevos valores literarios a la cual deberá de recurrirse para la evaluación de nuestro más reciente proceso creador.

La presente colección reabsorbe tres libros autónomos: *Veraneo* (Editorial Universitaria, 1955); *Dos cuentos* (1956), edición restringida con grabados de Nemesio Antúnez, que contiene *El hombrecito* y *Ana María*. Estos cuentos pasaron a formar parte del tercer libro, sin duda el artísticamente más maduro: *El charleston* (Editorial Nascimento, 1960). En cifras, tenemos que 7 cuentos más 2 más (5-2) dan un total de 12 cuentos, a los cuales hay que añadir *China* y *Santelices*, posteriormente publicados.

Tomemos un cuento de los que nos ofrece el conjunto: *Paseo*, pertene-

Atenea. Año XLIII, Tomo CLXIII, nº 413
julio-septiembre de 1966

ciente a *El charleston*. Está concebido como música de cámara, en la sucesión de sus cinco fases diferenciadas por el tono (determinado, a su vez, por el punto de vista) y por el tempo. El comienzo lógico de la anécdota podría situarse en este párrafo de la fase 2:

“Cuando murió mi madre, antes que yo cumpliera cuatro años, se estimó necesaria la presencia de una mujer junto a mí para que me protegiera con sus cuidados. Como tía Matilde era la única mujer de la familia y vivía con mis tíos Gustavo y Armando, los tres solterones vinieron a vivir en nuestra casa, que era amplia y vacía” (pág. 137).

La mujer —la tía Matilde— llevará una vida rutinaria en la casona, cuidando al niño y a sus hermanos. Toda la existencia familiar se lleva a cabo dentro de los términos de lo prescrito. La comida a determinada hora, la partida de billar después de la cena. El alma, el verdadero centro de este hogar es la mujer, con su severo trabajo cotidiano, su absoluta pulcritud, con su velar infatigable y silencioso.

Pero de pronto, una mañana de domingo, en el itinerario mil veces frecuentado para ir a misa, la mujer encuentra una perra blanca herida a la que, luego de algunos días, habrá de admitir en su compañía. Lenta, gradualmente, se va a ir infiltrando un desazonador malestar en la mansión. El animal traído a la casa por una insólita compasión no sólo destruirá el régimen prescrito de vida, la consuetudinaria liturgia de las horas, sino comenzará a dominar, a oprimir, a servilizar. El malestar coge al muchacho, invade en seguida a los hermanos que miran la aficción —imprevista, increíble— que la sensata y hacendosa mujer manifiesta por el animal.

Súbitamente, impensadamente, la mujer desaparecerá. Saldrá a dar un paseo —como tantas veces, como en tantos días— y no volverá. En el inicio del cuento (fase 1), el muchacho observa a su padre esperando en el balcón. El y sus hermanos esperan la vuelta de la mujer, en espera de meses, de años, larga, tensa y expectante primero, relajada, resignada ya. La espera también se ha hecho habitual, es un rito más de la familia despojada por el blanco animal, que una vez se coló en la casa como intruso símbolo de otra dimensión de la existencia.

Pero la imbricación de temas y motivos y el desarrollo del plan hasta su desenlace, con ser importantes, no son lo fundamental en este relato. Es indispensable leerlo y releerlo detenidamente para sopesar toda la finura de matices, los alardes técnicos, la difícil capacidad para crear una atmósfera extraña con que se nos presenta Donoso en él. Es, tal vez, su obra maestra, su singular contribución al repertorio del cuento chileno.

El relato poetiza la irrupción del Mal:

“Naturalmente, yo no podía darme cuenta de que ese orden rígido era en sí una forma de rebelión inventada por ellos contra lo caótico,

para que no los tocara la mano terrible de lo que no se puede explicar ni solucionar" (pág. 141).

En *Coronación* el mismo autor había escrito:

"La mano del mal los había alcanzado a todos, estaban confundidos en sus desesperaciones solitarias y el mal se había aprovechado para llegar a cada uno por caminos distintos".

La imagen dominante —el Mal como mano— se repite significativamente. El Mal es mano que *alcanza* o que *toca*, convulsionando las frágiles creaturas de este universo. Se dibuja allí un tema generacional: recuérdese el poder demonológico de las *garras* en *El príncipe y las ovejas*, de Enrique Lafourcade, y la seducción rapaz (de gavilán a presa) que se instaura en *Daniel y los leones dorados*, de José Manuel Vergara. De ello habremos de ocuparnos en un trabajo de pronta aparición.

Mientras tanto, en el cuento que comentamos, retengamos lo siguiente: en él se alegoriza la invasión de una potencia extraña, de un poder ominoso que sume a la familia en la desgracia. La atención recae, por lo tanto, en este foco metafísico, a la luz del cual se organizan, como eficientes medios técnico-musicales, los momentos del *horror*, del *peligro*, de lo *irreparable* y el espacio de la irrealidad. En este país desconocido termina el relato:

"...y jamás supe si tía Matilde, arrastrada por la perra blanca, se perdió en la ciudad, o en la muerte, o en una región más misteriosa que ambas" (pág. 154).

En el fondo, como en todo gran escritor, hay en Donoso una específica visión de lo humano, una determinada intuición antropológica. Provenga o no de Herry James —parangón bastante repetido y que el mismo novelista parece alentar—, es claro que esa intuición impregna coherentemente todos los relatos más valiosos que le debemos. Para Donoso, la existencia del ser humano puede caer en el abismo por sólo una trizadura del alma, por sólo un roce con el secreto poder corrosivo que esconde la realidad. La esencia de lo humano está dotada de una constitutiva fragilidad, que pone a las puertas de la locura o de la ruptura con el mundo. Sus personajes lóbregamente encerrados, en mansiones recoletas y separadas de la comunidad, encarnan y sufren ese destino. Para quienes no quieren ver sino existencialismos por todos los rincones, esta concepción novelesca quizás resulte emparentada con el "ismo" del Viejo Mundo que sigue, por acá, vestido a la moda criolla. Nosotros la vemos más bien cercana en fuentes teológicas, a una conciencia de lo abominable, del Mal con mayúscula, como tema fundamental de una teodicea novelesca que, en este escritor, halla un fruto verdaderamente admirable.

JAIME CONCHA.

Sexo y sufrimiento, de OSVALDO QUIJADA. Editorial Orbe, 1966

El doctor Osvaldo Quijada tiene publicadas "decenas de contribuciones clínicas", sociológicas y de organización médica. Su libro más reciente, *Sexo y Sufrimiento*, es un estudio humanista y científico. Aclara, hasta dónde es posible, la idea de que la angustia y la desazón de vivir fluyen de la intrínseca condición humana y existente. Infinitos problemas son confrontados mediante un análisis severo, que tiene mucho de experiencia viva.

Estudia la gravedad del problema sexual, la base ética de la diferenciación humana, los fenómenos "masculino" y "femenino", su integración armónica, la conducta civilizada.

Tanta erudición produciría dispersiones conceptuales, si no existiese la posibilidad de presentar ciertas síntesis bien trabadas y con indudable lógica científica. De esa manera, el denso estudio adquiere transparencia; las posibles conclusiones se levantan como finos dardos, la dimensión normativa se acentúa.

El hombre de ciencia reivindica los valores femeninos como de la misma altura que los masculinos. Por eso, "la mujer no tiene por qué parodiar virilidad para enaltecerse".

Semejante afirmación, dibujada con variable intensidad en la conciencia del ser humano, tiene la virtud de crear cierto clima de felicidad en los recintos de la convivencia hogareña. Pero no siempre se tiene en cuenta. Y entonces surgen los desajustes, las sordas pasiones que trizan los delicados preámbulos del amor. A partir de este momento, el libro del doctor Quijada se interna por los entramados de la pedagogía normativa, construida muy cerca de las esencias científicas.

Se refiere a la mujer histórica, a la hembra que permanece como duración y memoria. Escribe: "No hay mujeres geniales, pero sí muchas de trascendencia histórica por ellas mismas, y otras que hicieron realizar a los hombres de su tiempo. Ha sido dicho que si el hombre es el que hace la historia es igualmente cierto que al hombre lo hace la mujer".

He ahí que esas afirmaciones tienen un anverso lírico y un reverso realista. Es muy posible que en los bordes de esa aparente antinomia esté suspendida, quién sabe si danzando, la problemática felicidad del hombre.

Como una inteligente mirada al futuro: "La civilización trae al hombre mayor seguridad para vivir, pero menor contentamiento ético al morir, y a la mujer una mayor independencia con una mayor inquietud y angustia". Véase, pues, que el viejo apotegma delfico y las notas generales del existencialismo subyacen en tales afirmaciones de un hombre que se ha dedicado gran parte de su vida a conocer y pulsar las verdades ocultas o encubiertas de la pareja humana.

Este libro, partiendo del sexo, despliega sus frondas en muy variadas direcciones. Ahí está el humanista que hace ciencia y sociología, que se aboca hacia el futuro, sin perder contacto con las realidades presentes e ineludibles.